

[Homenaje a José "Pepe" Barroeta

Pepe Barroeta: celebridad y melancolía

Ramón Ordáz]

Después de la década del 50 del pasado siglo –tan lejano y distante y parece que fue ayer–, el hacer y quehacer poético que venía cultivando el país, entrado en la modernidad literaria a partir de los oficios de los poetas de 1918, Venezuela soltó las amarras de sus bajeles y hubo desde entonces como una eclosión de barcos desde nuestros mares y ríos hacia todos los puertos del mundo, en cuyos mástiles florecían banderas donde iban inscritos y escritos los imperecederos nombres de nuestra poesía. Después de *Sardio* fueron muchos los horizontes que espejearon por nuestras fronteras. Los años sesenta dieron paso a esa navegación de aguas profundas que iniciaron émulos del capitán Ahab, los inolvidables y frescos armadores que hicieron posible "El Techo de la Ballena". Desde sus *Rayados* disparaban los más inverosímiles misiles: Entre sus propósitos, "‘El Techo de la Ballena’ cree necesario ratificar su militancia en una peripecia donde el artista y el hombre se jueguen su destino hasta el fin". Era el tiempo de nuestras más grandes fecundaciones. Desde la provincia emergen Ciudad Mercuria, Apocalipsis, y un Trópico uno que "entiende que la poesía no se fabrica de acuerdo a fórmulas deliciosas, rigurosamente aprendidas en una Escuela de Letras"; y en la capital, centro de mayor ebullición, la letra se vuelve Letra roja; otros quieren apagar el sol y ya no importa escribir bien, y corre la sangre entre el sol negro del petróleo y *Sol Cuello Cortado* puesto urge que "las relaciones burguesas sean sometidas a una espantosa cirugía"; todo esto y mucho más entre el marco de una terrible pregunta. *Duerme usted Señor Presidente?*, y permítanme leer un fragmento memorable para este contexto epocal, que de-

Ya saben todos a quien pertenece este texto, el poema más corrosivo, cartelario, escatológico que se haya escrito tal vez en nuestro país contra un gobernante, Rómulo Betancourt, quien daba pie a una nueva historia de sumisiones en la segunda mitad del siglo XX. A este poema de Caupolicán Ovalles, gran poeta oral entre los contertulios de los sesenta y setenta, siguieron otros de imborrable historia en nuestra literatura, tal el poema "Derrota", de Rafael Cadenas, así como textos de otros compañeros de ruta que definitivamente se sintieron *Fuera del paraíso*, como Arnaldo Acosta Bello, quien expresa en su "Discurso a medianoche":

El horóscopo anuncia ganancias que no veo jamás
 fumo de madrugada
 sobre las tablas de mi cuarto patalea el amor
 conejo epiléptico al que ahogo en sábanas
 voy a la pared a matar zancudos
 doy brincos de loco
 Tienen razón los que han ido a batirse
 a subvertir esta vida
 o moriremos de fastidio.

(*Fuera del Paraíso*, p. 32)

Sirva este breve claroscuro para ubicarnos en la trayectoria poética de José Barroeta, contemporáneo en la vida, más allá de la muerte, de Caupolicán Ovalles, Luis Camilo Guevara, Carlos Noguera, Víctor Valera Mora, Gustavo Pereira, Ramón Palomares, Adriano González León, José Lira Sosa, Ángel Eduardo Acevedo, Jesús Sanoja Hernández, Irma Salas y detengámonos porque es largo el etcétera. Su libro primero, de evidentes resonancias vallejanas, lo tituló *Todos han muerto* (1971), en el que ofrece la estructuración de una obra que había venido publicando en las revistas de la época como *Trópico Uno*, *En Haa*, *Sol Cuello Cortado*, *Tabla Redonda* y otras, y que en poemarios posteriores reafirmará la cardinalidad de su poesía. En un recorrido por su obra poética advertimos la recurrencia de temas referentes al mundo familiar, la errancia, la soledad, la bohemia, un país que es todo evanescencia en la palabra que quiere nombrarlo, los pactos de amistad, la nocturnidad y la embriaguez ante el imposible amor, la desbordada pasión ante la amada, los viajes, la muerte, el mito colom-

bino, los recurrentes infortunios de Ulises que canta el imposible regreso. Su poesía, acudimos a la reiterada presencia de uno de sus símbolos, fluye como el río de sus ancestros. Motatán adentro, en la espesura del paisaje, reina la sabiduría del padre, alrededor del cual levanta el frontis de buena parte de su poesía. El patriarcado rural que empieza a desvanecerse ante la inminencia del hijo que abandona el núcleo familiar, que poco a poco asume su fracaso frente a la intemperie y la muerte que luego se traduce en desolación y abandono donde apenas es posible rastrear con la palabra, si es que alcanzan para el testimonio las palabras, la soledad del campo, los restos de un pasado que se vuelve onirismo del paisaje en Barroeta. Quien ha perdido la madre, sabe que se estremece el ser, la matriz de su cuerpo, su centro en la tierra; quien ha perdido el padre vive atravesado por huracanes que dejan desasosiegos en el espíritu, un lento desequilibrio empieza a decirte que se ha perdido también el cielo. Leamos, para situarnos, el poema "De ciudad y de campo":

A los campos vuelvo,
al fracaso de los iluminados.
Fui torpe para manejar
en la ciudad de hierro;
quise tener bosques
donde no los había.
Me imagino soñando lejos
en una habitación de la ciudad,
destruido,
con mi padre y mi madre,
pero sin sol.
Cuando llovía sobre la capital
me asombraba.
Pensaba que el agua vertical
era la misma de la niñez.
Torpe,
creí en un poderío conquistable
y lo confesaba apasionado.
Había extraviado el sentido de la
altura,
la idea del otro cuerpo,
el encanto por la humildad.

Ahora,
 con llamaradas nuevas en las
 manos,
 preparo una muerte inocente,
 una puesta de sol que tumbe mi cuerpo
 en la hierba
 y lo vuelva sonido
 o vaca blanca de la serranía.

Da cuenta este poema de una visión muy cara a Barroeta: la iluminación. Quien no se haya sentido alguna vez en su vida un iluminado, el elegido para la más inverosímiles de las tareas, poco tendrá que decir de las hazañas de los hombres y menos de la poesía; porque la poesía como máquina de sueños es la gran constructora, muy a pesar de que nada le reconozcan los amos del mundo. En sus inicios Barroeta celebra su condición de iluminado, pero la vida, que arrincona a sus criaturas con el peso de los años, lo conduce al autocuestionamiento, a proferir la verdad más simple de los seres humanos y que rige como efigie de todos los tiempos: “A los campos vuelvo, / al fracaso de los iluminados”. Desde el bíblico “Polvo eres, y en polvo te convertirás” hasta el sempiterno *beatus ille* horaciano, no han dejado los poetas de alimentar la utopía de los mundos posibles, independientemente de que el único horizonte de llegada sea el fracaso. En Venezuela, desde José Antonio Maitín, pasando por esa cabalgadura de siglos con que encinchó su labor de poeta Francisco Lazo Martí, la *Silva Criolla*, hasta *Todos han muerto* y *Arte de anochecer*, de José Barroeta, podemos estirar el arco y simular la parábola de una flecha que nunca llega a caer. Los versos finales del poema que comentamos tienen el esplendor de una lucidez y una renuncia, virtud y gracia a la vez de quien se sabe poeta. Cierta vez pregunté a Pepe acerca de si se consideraba un poeta rural, y sin vacilación respondió: “Por supuesto. La idea de lo rural en mi caso no es una abstracción. Es un asunto inmediato de vida”. Esta respuesta de evidente contradicción, cierto que tranquiliza la conciencia del poeta, pero no lo absuelve de los rigores de una vida enajenada a las luces de las ciudades y los viajes. El sueño del regreso, esta vez sí, es una utopía que alimenta y consume la muerte. En el ínterin, está el memorable espacio del festejo, de la celebración de la vida, la juerga y la alegría de compartir el amor y los amigos bajo un reino de canciones y

copas, copa a su vez y vendimia de los mejores años. Entonces procede vivir como goliardos, derramar los vinos y los versos en la noche infinita de la embriaguez. Después de la musicante bohemia, poner el pie, abrir los ojos en la blanca hoja del día siguiente para cualquiera es un drama, para el poeta la fratricida lucha entre lo real y lo irreal. La gloria de los abrevaderos nocturnos muy pocas veces alcanza para acompañar la luz del día. Víctor Bravo, en un acercamiento a la poesía de José Barroeta puntualiza lo siguiente:

Pero de pronto esta poética, como sobre un lienzo, realiza un pliegue invirtiendo sus signos para trocar celebración en clausura, ebriedad en melancolía, erotismo en profunda y esencial soledad. En este pliegue el universo del yo de pronto deriva en fugacidad del doble, y la luz y el esplendor del paraíso en oscuridad y degeneración.

Es, por mejor decir, la tristeza y la soledad que acompañan a todo final de fiesta. El ciclo de un viaje que se cumple y donde es imperioso matar a los pretendientes de Penélope porque se quiere sobrevivir a tanta ausencia. Barroeta es un poeta de viva y abrasiva confesión. Se le puede seguir desde sus primeros textos hasta su último libro y hallaremos allí una historia de vida, algo no común en otros poetas, cuyo oficio está lleno de tachaduras. En 1980, en una entrevista que le hiciera la poeta y periodista Miyó Vestriani, *Al filo de la medianoche* en París, al preguntarle acerca de lo que significaba para él el acto poético, respondió: —Es el estar siempre dentro de una gran vigilia, dentro de un universo fantástico y próximo a la vez. Al poeta le corresponde custodiar algo tremendo para mí: el lenguaje. Pero de ninguna manera, la poesía puede ser una forma de estar fuera del mundo. (Papel Literario, Caracas, 2-11-1980). Un año después, en el prólogo a la Antología que le edita Fundarte, expresa que “En mi obra es fácil observar el uso de diversos lenguajes, siempre unidos o vinculados por un lirismo espontáneo” (Caracas, 1985). En esa espontaneidad del lenguaje y en ese sumirse en las aguas turbias del mundo se define la poesía de José Barroeta; allí ha echado sus cartas en un desenfrenado juego, en el que, si ha ganado, también se entiende se termina por perder en la procera instancia de nuestra finitud. Tanto se percibe el aire de los cantares de Antonio Machado donde al final no queda sino el hombre melancólico. Dice el escritor Oscar Wilde que “Hay tantos Hamlets como melancolías”. Pepe ha hecho oración la suya entre la infinidad ebrie-

dad del mundo, riesgo que asumió y jamás ha dejado de expresarlo con su común espontaneidad llevado al compás de Whitman:

Yo me cantaba y me celebraba a mí mismo
ganaba la vida sin hacer
buscaba que mi razón perdiera
y salía conmigo y contigo a buscar campos y ciudades
para soñar y matar a los padres de mis padres
quemar el mundo
y pagar algún día con mi cuerpo en la hoguera
el desenfreno de mi vaga ilusión.
Caía sobre mí mismo
y amaba mis fracasos.
Sentía el placer de ser otro
que escribe un poema sin principio ni fin
alerta por si viene la muerte y revienta
mi pobre y útil reino del cuerpo.

Ramón Ordaz

Universidad de Oriente. Cumaná, Venezuela